



17 Enero, 2018

DÍA A DÍA | Aurelio Viñas Escuer

Estancias en hospitales

Los que aun podemos considerararnos 'animales de pluma', como se denominaba cariñosamente a los escritores antes de la llegada de los ordenadores, algunas veces hemos escuchado que nos han dicho en los lugares más inesperados: «Dedíquenos un reportaje, por favor, que se vea que estamos aquí». La última vez ha sido recientemente, durante unos pocos días de estancia en el hospital Sagrado Corazón de Jesús de Huesca, más conocido como Hospital Provincial.

Aparecí una mañana algo desquiciado y, desde la residencia donde me encontraba, me llevaron al servicio de urgencias del Hospital San Jorge en la capital oscense. Por la tarde, tras una jornada de análisis y pruebas me pasaron al Provincial con un principio de neumonía. En el de San Jorge ya había estado unos días antes con mi esposa, aquejada de una rotura de cadera. Así he podido comparar y posteriormente juzgar. Las atenciones médicas y

técnicas de los dos centros hospitalarios me han parecido buenas y plausibles, sin que quepa poner ningún reparo. O sea, que todo eso que Fernando Aramburu ha llamado en una de sus novelas la «mecánica del cuerpo» puede calificarse de perfecto en esos dos centros hospitalarios según mi experiencia. Y el trato del personal, tanto de médicos como de subalternos, casi casi. Tal vez en el San Jorge haya faltado un poco de fraternidad, un poco de cariño en las miradas. Y las conversaciones, en general, brillaban por su ausencia. En el Provincial en cambio esto estaba superado. Todos nos tratábamos como si hubiéramos sido miembros de una gran familia.

En los treinta y pico de años vividos anteriormente en Zaragoza, también pasé con miembros de mi familia por todos los hospitales: el Clínico, el Miguel Servet, el Royo Villanova (conocido en tiempos como el Cascajo), San Juan de Dios, la clínica Quirón... El trato, aun siendo ge-

neralmente correcto, variaba de unos centros a otros. Y ese trato es de agradecer que sea bueno, pues nadie está enfermo por su gusto. A los dolores y las molestias corporales, que generalmente la medicina trata de hacer llevaderos, se juntan el estar allí recluido como si estuvieras en la cárcel y el no saber cómo estarán las cosas mañana, si mejor o peor. Incluso está aplazado el escribir a los que andamos en ello. Y un tono amable, una conversación edificante o una sonrisa oportuna hacen llevadera esa situación, viniendo a proclamar que en un enfermo están el cuerpo y el alma.

No sé cómo es actualmente la preparación de médicos, enfermeros y demás personal sanitario, pues apenas hablo con estudiantes de esas ramas. Pero creo que deberían llevar alguna asignatura que, además de huesos y músculos, se ocupara de las sensaciones anímicas en los pacientes; y no solo me refiero a lo que llaman psicología.